

El Alud

(Cuento de ambiente argentino)

DESDE que Ramírez allá en el almacén del turco Fortunato matara a su amigo Pedro por una mujer, anduvo huyendo de la Justicia "alza" por las sierras.

Habían pasado ya dos años desde esa noche; pero todavía no se olvidaban de él. Un comisario nuevo "le tenía ganas". De vez en cuando el fugitivo bajaba al pueblo de noche y sin que lo vieran asaltaba el almacén de algún turco, llenaba las alforjas de yerba, azúcar y algunos otros "vicios" y ya tenía para algunos meses. Al otro día se comentaba el asalto y salía el comisario con otros "milicos" en su persecución.

Ramírez estaba seguro allá entre aquellas rocas. Se conocía la cordillera palmo a palmo. Nunca tuvo miedo a los hombres. Sin embargo a veces le parecía que pensaba demasiado y dentro de sí, sentía algo que no sabía expresar. Esto le ocurría a menudo en aquellas soledades montañosas cuando silbaba el viento, o escuchaba el eco de los pasos de su mula resonando entre las piedras gigantes. También le angustiaba un poco que ese cielo tan azul se nublara durante días y días. Le impresionaba sobre todo el graznido de los cuervos picoteando algún animal muerto. Esa "conversación" de chillidos odiosos no podía aguantarla y les tiraba con su carabina.

Dos inviernos habían pasado y comenzaba otro, amenazando ser más crudo que los anteriores. Los temporales eran insistentes, la nieve blanqueaba las montañas, tendría que ir "pál bajo". Allá peligraba su vida y su libertad. Las nevadas continuaron y Ramírez se vió obligado a buscar otro refugio de lo contrario moriría helado.

También esto fué pensado por los de la policía, quienes se alistaron para salir a buscarlo. "Esta vez Ramírez no se escapará", era el decir de todos.

Aperaron las mulas, arreglaron las cargas con las provisiones y la partida salió en busca del fugitivo.

Ramírez sospechó que lo andaban buscando, muchas cosas se lo decían. Las tropillas de guanacos huían para el lado peor, oía detonaciones alejadas, quizá el eco que le llevaban las montañas. Pero él no se dejaría "pillar"; volvería a su escondite, tendría que arriesgarse, la nieve no le importaba ya. Se puso en camino, la mula resbalaba, caía y volvía a levantarse a impulsos de la mano firme de su dueño. Ramírez quería aquel animal pensando que era el único ser que no lo traicionaría. En el primer año también lo acompañó "El Lobo", un perro cariñoso y fiel, que entendía como persona. Una vez cuando fué al pueblo el perro lo había seguido sin que él se diera cuenta, desde entonces no lo volvió a ver. Y lo que Ramírez no

supo fué que el perro había sido muerto a pedradas porque era: "el perro de Ramírez".

Esa noche relucía de frío. Ramírez se alejó en unas vegas reparada del viento. Estaba helado hasta los huesos, no podía encender fuego porque sería delatarse. Arregló la montura y se acostó sobre ella. Allí estaría a salvo por algunas horas de la persecución. No podía dormir, se sentía nervioso, impaciente, su conciencia lo mortificaba como nunca. Recordó su crimen y lo vivió de nuevo, por primera vez se preguntó por qué había matado a Pedro. No odiaba el recuerdo del amigo, por primera vez, también, sintió miedo a la soledad envuelta en aquellas tinieblas blanquecinas. El viento pasaba dando alaridos y en la hondonada se escuchaba un quejido que parecía humano. Ramírez se levantó y se puso a caminar. Iba alejándose sin darse cuenta. El viento volvía a hacerse insoportable, le azotaba el rostro, le helaba el cuerpo y el frío penetraba hasta su corazón. Ramírez pensó que de ese corazón dependía su vida, que él también tenía sangre húmeda y tibia como la de Pedro... De pronto se quedó paralizado, sus ojos tropezaron con una visión espantosa. Una masa blanca, enorme se deslizaba desde la cumbres produciendo un ruido sordo crujiente. Fijó más la atención y ubicó el fenómeno, se iluminó con la comprensión de una realidad terrible, una montaña blanca movediza, como la de los cuentos que le contara su padre cuando él era ni-

ño. Por un momento pensó que la masa lo aplastaría, cerró los ojos y esperó, pasó muy cerca suyo. Ramírez cayó de rodillas, sentía una gratitud sincera, no sabía a quién ni a qué.

Al día siguiente Ramírez acuciado por ver la trayectoria del alúd, se subió a un cerro y miró. La masa de nieve se había estrellado contra otro cerro. Apenas distinguía su final. Lo que más le llamó la atención fueron algunos animales sueltos, poco a poco se fué acercando a ellos, al principio sospechó que se trataría de alguna celada; dejó pasar la mañana acechando detrás de unas piedras. Cuando tuvo la seguridad de que nadie andaba por ahí, se apoderó de los animales y reconoció en ellos, la marca de la policía. Se ensimismó en reflexiones y comprendió

Su única idea concreta era ésta, que todos los demás, los perseguidores, lo que lo acosaban día y noche como a una bestia habían muerto y que en cambio él, el "malo" por un milagro que no acertaba a comprender seguía viviendo. Esa lo liberó de pronto de toda su vida anterior, de los años de angustia y se sintió renacer, y se sintió con fuerza para aceptar el castigo por su crimen.

Se dirigió al cementerio blanco y erigió en él una gran cruz de piedras apiladas, y después al paso de su mula comenzó a descender de la montaña.

Manuela Mur Delfino